

# *Mei o el placer de la conversación*

Victoriano Colodrón Denis

**P**arafraseando al amenísimo Gabriel Zaid de *Los demasiados libros*, podríamos decir que editar una revista es organizar una conversación, y que publicarla es lanzarla al ruedo vivo de un diálogo en marcha, para darle pábulo y atraer a nuevos interlocutores.

MEI siempre me ha parecido una conversación animada y coherente, es decir, una conversación con alma y con sentido. Y eso, que por desgracia no es frecuente encontrar en entornos profesionales del país, además resulta muy difícil de sostener durante cincuenta números y casi diez años. Razones sobradas para el aplauso y la celebración.

Durante este tiempo, leer MEI ha sido como participar en una conversación en la que uno siempre encuentra motivos para el disfrute: unas veces, por el placer de la coincidencia en los puntos de interés y los análisis; otras, por el gusto de identificar desacuerdos y contrastar pareceres; siempre, por la densidad de ideas e informaciones. Una conversación, además, de calidad. ¿Cómo se valora la calidad de una conversación? Medidas habrá para todos los gustos. A mi juicio, uno de los indicadores más fiables es este: una buena conversación es aquella en la que acabamos diciendo y oyendo lo que normalmente no decimos ni oímos. MEI, a pesar de ser una revista especializada y tener por ello muy delimitado su campo temático, siempre ha tenido la capacidad de ofrecer un hallazgo o un enfoque no esperado, o bien de despertar una sintonía dormida en la curiosidad del lector.

Esa es una de las características que siempre me han parecido más atractivas de la conversación que la revista ha venido proponiendo y animando a lo largo de sus ocho años de existencia: la variedad de los temas cubiertos, variedad que yo diría que en el caso de MEI está basada en una particular concepción de la profesión de archiveros, bibliotecarios y documentalistas, con dos rasgos destacados. En primer lugar, su carácter integrador, opuesto al lamentable paradigma de los “compartimentos estancos”; y, por otra parte, su visión contextualizadora, ancha y abierta, libre de reduccionismos castrantes, que no sólo no desprecia lo que otros considerarían campos extraños, sino que se interesa activamente por ellos: “nada de lo que tenga que ver con la información y la cultura me es ajeno” podría ser, a mi juicio, uno de los lemas de MEI.

Cuando en otros ámbitos de la gestión de la información se restringe la conversación a la propia especialidad y se la hace girar tan sólo en torno a lo estrictamente técnico, en MEI la charla da cabida a todo cuanto tiene que ver con el sector del libro y, en general, con la creación, la producción y la distribución de información y cultura. De esa forma, reclama y comunica a todos los contertulios el sentimiento gozoso de pertenecer por derecho propio a ese sector y de tener algo que decir en él. Basta repasar la habitualmente densa sección de “Noticias en línea” de la revista para encontrar historias sobre bibliotecas, archivos y documentación, sí, pero también frecuentes incursiones en novedades relacionadas con la edición, la propiedad intelectual, la bibliografía, las tecnologías de la información, la escritura y la lectura, la tipografía...

“La cultura es conversación”, dice Zaid, “una conversación que nace, como debe ser, de la tertulia local; pero que se abre, como debe ser, a todos los lugares y a todos los tiempos”. MEI (y es otro de sus

atractivos para mí) demuestra cómo es posible conjugar el seguimiento cercano y comprometido de lo del propio entorno con la atención curiosa hacia lo que ocurre en otras ciudades y regiones del país, o en cualquier otra parte del mundo. ¿Cómo no celebrar esa amplitud de miras, si la comparamos con la asfixiante cerrazón provinciana (o municipal o, más frecuentemente, autonómica) en que parecen empeñadas otras gentes?

Si, además, esa loable vocación de trascender los límites del terruño dirige preferentemente su mirada a territorios por los que siente uno -como es mi caso- una inclinación especial, mejor que mejor: me estoy acordando ahora del número monográfico sobre Portugal, el de América Latina, el de México, con la hermosa ilustración de su portada, de Felipe Adrián...

Por cierto, que ahí también han podido encontrar los lectores de MEI una no pequeña fuente de placer: en el despliegue gráfico de las portadas, en el cómodo formato y la maqueta limpia, en la carnalidad levemente rugosa y consistente de la cartulina de cubierta. Porque en una conversación degustamos también las palabras y los giros, las voces y los acentos, las maneras de hablar, las miradas y los gestos.

A lo largo de estos años, MEI ha ofrecido el espectáculo siempre gratificante de un grupo de gente con ideas y haciendo cosas. ¿Obvio, simple? No, y mucho menos si se trata, como es el caso, de gente entusiasmada, atentos lectores, conversadores apasionados. Interlocutores con capacidad para animar y elevar el tono vital de un debate, o el de una profesión. Curiosos impenitentes, que deben de encontrar un poco raro al bibliotecario, el archivero o el documentalista -tan frecuente- al que ¡no le gusta leer!, que no se interesa por los libros y las revistas, por la historia, la cultura, la política, el lenguaje y las lenguas, los viajes y las relaciones internacionales, la literatura, el cine y la música, los museos...

Termino con Zaid: "El aburrimiento es la negación de la cultura. La cultura es conversación, animación, inspiración". MEI o el placer de la conversación divertida, animada e inspirada, con sentido, curiosa, irónica, culta, viva, vivificante...

✍

